



PEDRO PALAO PONS

LA
CASUALIDAD
NO EXISTE

Más de 70 hechos reales que harán que te cuestiones
si eres tú quien decide tu destino

LIBROS CÚPULA

*A la diosa Casualidad, porque sin ti, esto no
habría sido posible.*

*A todos los que de una forma casual y causal, sincrónica
unas veces y serendípica otras tantas, me habéis abierto las
puertas de vuestra vida y vuestros conocimientos para po-
der incluirlos en este libro.*

Gracias.

A quien sigue teniendo mi alma.

PRÓLOGO

Cuando Pedro Palao me pidió que hiciera este prólogo me dio mucha pereza, no lo voy a esconder. No por el prólogo en sí, y menos por ayudar a un buen amigo y compañero como él, sino por el tema en cuestión.

Se podría hablar tanto sobre casualidades o causalidades que estaríamos meses, o quizá años, debatiendo si existen o no, si prevalece una sobre la otra o simplemente cuál es su naturaleza. Hay tantos factores en torno a este tema que matizarían su definición, que da hasta pereza plantearlo. Así que simplemente daré mi opinión al respecto sin entrar a teorizar.

Yo creo que las casualidades existen y marcan nuestra existencia. Y eso que, hasta no hace mucho, pensaba que la casualidad era algo sin demasiada importancia en la vida de cada uno.

Es más, hasta hace bien poco habría definido la casualidad como un apéndice del destino. Un «algo» que el destino pone en tu camino, en ocasiones para hacerte pensar. Como cuando piensas en un amigo al que hace años que no ves y de pronto te lo encuentras, o te llama sin motivo aparente. ¡Sin más! Pero ahora lo veo diferente. Ya no me parece un hecho que ocurra de forma trivial o fruto del azar.

Simplemente piensa en lo que puede deparar esa inocente llamada, en lo que habrá supuesto a multitud de personas. ¿Cómo lo llamarías? ¿Suerte sin más? Piensa en la reacción en cadena que lleva emparejada esa simple llamada, como por ejemplo llamar a otra persona a la que se lo comentas y le dices: «¿Sabes quién me ha llamado, Ana?

Pedro, aquel chico que conocimos hace años en la playa... bla, bla, bla.»

¿Intrascendente, verdad? Pero qué pasa si al llamar a Ana en ese momento, pongamos a las ocho de la tarde, con esa excusa ella te dice: «¡Anda, qué fuerte! Por cierto, estoy con Juan y un amigo tomando unas cañas cerca de tu casa. Pásate y así te veo.» Y al llegar congenias fantásticamente con el amigo de tu amiga y al cabo de unos años os casáis y tenéis niños.

Es escalofriante pensar que esos niños no habrían existido sin esa casual llamada, ¿no crees? Y me resisto a creer que algo que puede llegar a ser tan importante y cambiar de forma radical nuestra vida y la de los demás suceda de forma tan gratuita.

Suena incluso ridículo que todo pueda cambiar por una llamada, o por un semáforo que no te haya dado tiempo a cruzar. Y sin embargo estamos hartos de leer casos de gente a la que ese intrascendente hecho ha cambiado todo su mundo. Y a buen seguro son muchos los que al cabo de un tiempo dejan de pensar en lo importante que fue.

¿Qué quiero decir con todo esto?: que nuestras vidas las marcan las casualidades, aunque haya gente que las llame causalidades, suerte o destino. Yo, como no soy un experto en la materia —a diferencia del autor de este libro—, no me siento capaz de diferenciarlas. Pero de lo que estoy convencido es de que son determinantes.

Plantéate que es posible que ahora estés delante de una estantería leyendo este prólogo y pensando si merece la pena comprar este libro de Pedro Palao Pons. Y sólo por el tiempo que le estás dedicando, tal vez estés escapando de un accidente que podrías haber tenido al salir de la tienda en la que te encuentras ¿Cuántos casos hay de gente

que no llegó a ese vuelo para esa trascendental reunión de trabajo y que gracias a perderlo salvó la vida? Muchos dirán que sólo fue una casualidad. Yo no lo veo así. Los hechos confluyen, se sincronizan... hay algo más.

Imagina otro ejemplo: Tropiezas con alguien en una tienda. Casualmente al día siguiente coincides en una discoteca con esa persona. Y de pronto se acerca a ti y te dice: «Disculpa, ¿tú estabas ayer en la tienda que está...?», y que una cosa lleve a la otra y te permita explicarle todo lo que has estudiado y te ofrezca ese trabajo que tanto buscas. ¿Que no? ¿Demasiado rebuscado? ¿Una simple coincidencia? ¿Y cuando te pasa de forma habitual, con bastante más frecuencia de la normal? ¿Suerte? Cuando ocurre tan frecuentemente me cuesta trabajo creerlo. Y a mí me ha pasado. Tanto en el amor como en el trabajo, las casualidades han sido las que han marcado mi vida de forma muy poco habitual. Por eso me interesa tanto este libro. Para ver si pone en orden mi cabeza con todo lo que la vida me ha deparado y me ayuda a entender cómo funciona esto de las casualidades o causalidades, o como quieran llamarlo. Y para tratar de entender si vale la pena provocarlas para que ocurra algo en tu vida o si, por el contrario, todo está marcado de antemano y llegará, quieras o no. Lo cual me parecería injusto, y mucho.

Está bien que tengas un golpe de suerte y te toquen treinta millones de euros en La Primitiva. Pero me parecería injusto no poder influir aunque sea en un veinticinco por ciento en tu propio destino a lo largo y ancho de tu vida, ¿no crees? A nuestro alrededor hay más conexiones de las que imaginamos, y Pedro Palao Pons ha sabido quitarle el velo del misterio a eso que llamamos casualidades, para hacer que comprendamos, gracias a los numerosos datos, opiniones y casos reales que nos expone en estas páginas,

La casualidad no existe: Más de 70 hechos reales que harían que Pons, te cuestionas si eres tú? ¿quién decide tu destino (Enigmas Y Pedro Conspiraciones) (Spanish Edition) Palao

que hay algo más y que todo está mucho más conectado de lo que podamos imaginar.

Javier Cárdenas

Director y presentador del *show morning*

«Levántate y Cárdenas» en Europa FM.

Ondas 2008 a la innovación radiofónica.

Profesor Honorario de la ESERP Business School,
Universidad Rey Juan Carlos.

INTRODUCCIÓN

Nada, absolutamente nada, de cuanto sucede es casual. Sí, sé que la afirmación, así de entrada, tiene miga. Implica la carencia del denominado y tantas veces defendido «libre albedrío». Y parece que debamos aceptar sin más conceptos como «destino», «camino marcado» e incluso, si me apuras, hasta eso que en algunas religiones orientales recibe el nombre de karma. Pero yo a lo mío, insisto en que nada es casual. Ahora bien, ello no significa que todo esté escrito. ¿Un contrasentido? No. Como veremos, en el universo del sincronismo todo tiene su justificación, su por qué, su ritmo y, por supuesto, su causa y efecto. Es más, a veces los acontecimientos pueden ser hasta duales.

Caprichosamente, los acontecimientos parecen suceder «cuando toca», no cuando queremos. Y si no, ¿qué hace que una manzana inspire a Newton la ley de la gravedad? ¿Por qué Arquímedes necesitó tomar un baño para descubrir el principio que lleva su nombre? ¿Cómo es posible que Galileo, aburrido en una misa, gestara la ley del péndulo? Eso por no hablar de tantas otras personas de renombre, como Esquilo, Sócrates o incluso Colón, que coincidieron con las casualidades en momentos muy puntuales. Toca cuando toca, pero... ¿y si pudiéramos sintonizar? A su tiempo veremos cómo.

No sólo los famosos conectan con lo coincidente. Todos, en algún momento de nuestra vida, hemos experimentado lo que denominamos casualidades. Y puedo asegurar que van mucho más allá del clásico de encontrarnos por la calle con alguien cuya imagen había venido a nuestra mente minutos antes, o de esa persona que nos llama por teléfono segundos después de haber estado pensando en ella.

Es incierto que no ocurran las casualidades, como lo es también eso de que sólo les suceden a unos pocos elegidos, místicos o ciertos gurús. Lo que sí es verdad es que la mayor parte de las veces no nos damos cuenta de que hemos experimentado una serendipia; por tanto, se nos escapa su lectura e interpretación o cometemos el error de perder esa comunicación diciendo cosas tan equivocadas como: «bah, era una casualidad».

Eso equivale tanto a negar su existencia como a no querer sintonizar con ellas. ¡Grave error!

Puede suceder también que el episodio sincrónico o casual, tanto da qué nombre le pongamos, sea tan dilatado en el tiempo que no recordemos cuándo comenzó todo y que, por tanto, le encontremos sentido mucho tiempo después. Un ejemplo sería el de aquella persona que me hizo llegar su caso a la emisora: Un día, revisando fotografías de la infancia con su novia —a la que por cierto había conocido ya de adulto—, encontró una fotografía en la que aparecía él posando junto a su madre en las populares Ramblas de Barcelona. De pronto, su novia le dijo: «Mira ahí. ¡Ésa soy yo!» En efecto, en segundo plano de la imagen, a pocos metros, también posando pero en otra dirección, se encontraba ella con su progenitora. Hacía veinte años que los dos, siendo niños, habían estado en el mismo lugar, ambos con sus madres. Se habían hecho una fotografía casi en el mismo instante y en un tiempo en el que no se conocían.

Años después se conocieron, y cuando descubrieron la serendipia estaban a punto de casarse... ¿Casualidad? Puede, pero ¿y si es otra cosa? A veces el destino es caprichoso...

Es curioso, pero cuanto más te acercas a las casualidades, más consciente eres de ellas y más fuerza parecen

tener. Veamos otro par de ejemplos: El mismo día que creé en mi ordenador la carpeta para comenzar a archivar los documentos que hoy conforman este libro, me apareció una notificación de Facebook; alguien desde Francia quería ser mi amiga: ¡acababa de leer la traducción de un antiguo libro mío sobre casualidades! En su correo me decía que le había gustado mucho el tema y me solicitaba que la aceptase como amiga para poder hacerme algunas preguntas... ¿Casualidad? Vale, pues me lo creo. Pero tengo más.

Al día siguiente recibí un correo electrónico de alguien a quien me habían presentado por teléfono. Era Alberto Hagar, un astroarqueólogo mexicano, que en el asunto de su correo decía: «Saludos desde tierras mayas», y que en el texto de su mensaje, además de recordar la conversación mantenida semanas atrás, me adjuntaba un *link* a YouTube sobre un reportaje de las profecías mayas. Aquello no habría tenido más trascendencia de no ser porque el encabezado del siguiente correo electrónico, que llegó a mi ordenador inmediatamente después, procedía de la revista *Más Allá*. En aquel correo, Clara Tahoces me proponía colaborar en un nuevo monográfico de la publicación. ¿Te imaginas el tema, no? ¡Profecías!

Vale, entiendo que dudes. Comprendo que pienses que al estar metido en este tema veo casualidades por todas partes y que exagero. Y sí, reconozco que hay quien sabiendo que me dedico a recopilarlas y analizarlas, me dice: «Tú tienes poco trabajo, ¿verdad?» Pero te aseguro que no soy una excepción, aunque es cierto que desde hace unos años me fijo mucho en las casualidades que me ocurren, y sí, es verdad, cuanto más les prestas atención, más sentido tienen lo que yo denomino guiños o destellos del destino.

Es curioso cómo todo tiene un porqué. El autor del prólogo de este libro, sin ir más lejos. Lo firma Javier Cár-

denas, con quien colaboro en su programa «Levántate y Cárdenas» de Europa FM, y a quien conocí por casualidad en «Crónicas Marcianas». Ya sé, ya sé, no era mucha casualidad encontrarlo allí puesto que él era colaborador habitual de aquel popular programa. Eso es cierto. Sin embargo, lo casual es que nos conocimos el mismo día que yo acudí al plató para hablar de casualidades. Además, lo serendípico es que él ya había terminado la sección hacía rato y se disponía a abandonar las instalaciones cuando «casualmente» nos encontramos en el restaurante del local, donde fuimos presentados por Javier Sierra.

Evidentemente, lo casual no es que haga el prólogo, sino en qué momento y cómo nos conocimos, y la relación que se ha ido desarrollando después. Por supuesto, es un honor que Javier haya escrito el prólogo pero, para ser sincero, si se lo pedí, entre otras muchas cosas, es porque me pareció interesante cerrar el círculo o devolver el guiño al destino de alguna forma. La reflexión fue: «Si a ti te conocí hablando de casualidades y por casualidad, quién mejor que tú para que “causalmente” —término que en su momento descubriremos qué significa— redactes el prólogo de este libro.»

¿Vamos a por otra casualidad? En las páginas de esta obra vas a encontrar valiosas opiniones de distintos expertos, a los que he mareado una y otra vez con mis preguntas y a los que desde aquí envío mi agradecimiento. Opiniones como la del profesor y físico cuántico Carlos González, a quien conocí por casualidad cuando me tocó efectuar una sustitución en la presentación del programa de radio «Luces en la Oscuridad» en Punto Radio, que dirige y presenta Pedro Riba. Como ves, lo casual está por todas partes.

Vaya por delante reconocer que tal vez sí, soy un poco raro. Pese a llevar trabajando en estas temáticas muchos

años, me lo creo todo pero de forma relativa. Vamos, que soy de los de sí pero no, y todo lo contrario. Matizo esta singularidad para que no te lleves a error. Escribo este libro sumergido en el universo casual pero con perspectiva crítica; ¡que tampoco nos lo vamos a creer todo a pies juntillas! Eso sería un error. Ahora bien, lo hago desde el convencimiento de que hay algo más. También desde la visión lo más fría, calculadora y aséptica posible. Pienso que en ciertos temas —y éste es uno de ellos—, cuanto más lejos queden las voluntades divinas, iluminaciones y esoterismos misteriosos, tanto mejor. Y digo esto porque no creo en elegidos, como afirman muchos que siempre relacionan lo casual con unos pocos privilegiados o con los inescrutables designios de determinados dioses.

Podemos ser más o menos creativos e imaginativos. Tener o no sensibilidad, dotes de intuición —antes se le llamaba videncia—, ser cartesianos o abstractos. Tanto da, lo que está claro es que a todos nos pueden ocurrir, y nos ocurren, hechos sincrónicos, y no por ello estamos siendo tocados por una mano divina o maléfica. Y creo que asumir ese concepto es indispensable si de verdad queremos entender este fenómeno y, por supuesto, aprovecharnos de él. Por tanto, espiritualidad sí, pero en su justa medida, efectos mágicos los mínimos, y supercherías o supersticiones, las indispensables para poder dar una nota de color o singularidad, pero no como elemento de valoración del fenómeno.

Dentro de mis rarezas, he considerado que hacer un libro basado en un esquema normal no tenía mucho sentido. Por eso en este libro, además de casos sorprendentes, teorías extrañas, hechos increíbles, ironías y buen humor a la hora de relatar ciertos episodios —el rigor no está reñido con el humor—, encontrarás dos índices. Llámame raro, pero considero que la obra posee dos niveles de lectura y que

nadie debe estar obligado a leer secuencialmente y por orden, y menos viviendo en la era del *zapping*.

Por eso, si lo que te interesa es conocer hechos increíbles y casuales sin más, saltando de aquí para allá, acude al «Índice de casualidades y hechos anómalos». Si lo que te apetece es hacer un recorrido, digamos natural, por todos los contenidos (lo cual no implica que sigas el orden establecido) acude al «Índice normal».

¿Que por qué lo he decidido así? No, no es casual. Sencillamente, lo hago porque en el mundo de las casualidades los acontecimientos no suelen ser secuenciales ni ordenados, al menos no desde el prisma humano.

Bienvenido al universo en el que no siempre todo está controlado.

1. EMPEZANDO A SINTONIZAR

La casualidad no existe, existe la sincronicidad. Las cosas importantes de nuestra vida ocurren porque deben hacerlo, porque son necesarias para nuestro desarrollo. Es como si el universo hubiese tramado un plan perfecto a nuestras espaldas y nosotros nos limitásemos a tropezar con él.

Laura Falcó,
directora editorial del Grupo Planeta

Fríó un huevo para el desayuno y el aceite hirviendo me salpica la camisa que, casualmente, no quería ponerme esta mañana. ¡Mancha al canto! Era vieja, pero le tenía cariño. ¿Coincidencia? Sin duda mala pata y, desde luego, falta de previsión por mi parte, pues ¿para qué están los delantales si no? Sí, sí, la teoría de cómo hay que hacer las cosas en la cocina me la sé. Pero tal vez, sólo tal vez, haya algo más detrás de ese hecho que todos diríamos que es casual.

Llevo años recopilando casualidades. Al fin y al cabo, cada uno se entretiene con lo que más le apetece. Un día me di cuenta de que a más observación de lo casual, más hechos sincrónicos se producen. Es decir, cuanto más atención le prestas al fenómeno, parece crecer en intensidad. La pregunta es: ¿se debe a una fijación subjetiva, o tal vez a que ocurren más hechos de esa naturaleza de los que somos conscientes? En opinión de la psicóloga Neus Colomer, lo casual sucede, pero también se malinterpreta: «Nuestra percepción de la realidad no siempre es objetiva, y una persona que espere o desee ver hechos sincrónicos en su día a día, corre el riesgo de cuantificar como tales un elevado porcentaje de sucesos que no lo son.» Después de decirme esto me preguntó si dormía bien, cómo andaba de estrés... Pero bromas al margen —por suerte no me pre-

guntó si había vocecitas hablándome en el interior de mi cabeza—, tiene razón. La obsesión es mala compañera de viaje.

Una de mis normas en lo tocante a lo casual —y creo que si quieres comprender lo casual deberías seguirla— es dejar a un lado la obsesión: es lo más práctico. Una cosa es recopilar e intentar descifrar esas señales del destino, y otra imbuirte tanto en ello que al final terminas por analizar cada uno de los minutos de tu vida, buscando nanoseñales en todo cuanto sucede. Acción sí, pero con moderación. Es cierto que cuanto más hables de casualidades, más te fijes en ellas o más intentes descifrarlas, más surgirán a tu alrededor. Vaya por delante la advertencia, pues es lo que te puede ocurrir conforme avances en las páginas de este libro. Me pasó a mí durante los meses que trabajé en él. ¿Será que las casualidades llaman a otras casualidades? Creo que sí, pero no adelantemos acontecimientos.

De entrada dejemos algo claro: la casualidad como entidad propia no existe. Le hemos dado mil formas, mil maneras, mil palabras para explicar eso que escapaba a la lógica y que creo se puede resumir en una sola: «sintonía». Con qué o con quién, ya lo veremos.

El concepto de «sintonía» se me ocurrió con el cambio de la TDT. Sí, ya sé que muy original no soy, pero hay una relación... Era por la tarde y salí a pasear. Había estado trabajando todo el día repasando las correcciones de un libro sobre leyendas urbanas (publicado en esta misma editorial) y necesitaba aire fresco. Caminaba por una calle comercial de mi barrio cuando al pasar frente a la tienda de una cadena de electrodomésticos me encontré con una chica que repartía folletos de promoción. Me quedé mirando el papel, lleno de ofertas de televisores LCD. Era la época en que se anunciaba, cual apocalíptico Armagedón, la des-

aparición de la televisión analógica y, claro, los nuevos aparatos ya incorporaban los decodificadores.

Al ver la propaganda sonreí y dije en voz alta, aunque hablando para mí: «esto sí que es sintonía». La chica me miró extrañada, pero yo seguí adelante, folleto en mano. Se había producido una casualidad: el último texto que había leído antes de salir de casa estaba relacionado con las numerosas leyendas urbanas falsas que estaban apareciendo sobre la TDT.

Es evidente que fue una coincidencia sin importancia, pero la detecté. Por supuesto, está apuntada en ese extraño cuaderno de bitácora en el que anoto rarezas, tanto propias como ajenas. Pero es cierto, la clave para entender y vivenciar casualidades es sintonizar con ellas. Es como si quienquiera que esté detrás de lo casual estuviera emitiendo como lo hace un canal de televisión. La señal está en el aire, pero sólo si tienes el decodificador adecuado — digamos predisposición— puedes sintonizar y ver los canales. Y eso son las casualidades para mí: formas de sintonizar. El decodificador somos nosotros y nuestras actitudes.

Claro que en la vida, como en la TDT, también tenemos los canales de pago, esos que por mucho decodificador que tengas no puedes ver si no das algo a cambio: dinero, claro. Pues bien, también tenemos casualidades en formato de «pago por visión». La diferencia está en que, en vez de pagar en billetes, lo hacemos con actitudes, deseos de sintonía, investigación sobre lo que nos ocurre o simplemente disposición a ver más allá. Ésa es otra norma básica: cuando más deseos sintonizar con lo casual, más lo conseguirás.

A priori, nada es casual